

## Un vistazo a la economía norteamericana

Por: Fernando Spiritto<sup>(\*)</sup>

### El desempeño de la economía

Tiene razón Bill Clinton cuando dice que los Estados Unidos atraviesan por la mejor situación de su historia. Por donde quiera que se les mire, los indicadores son sencillamente impresionantes. En enero de 2000 la actual expansión económica alcanzó el récord de ser la más larga en los registros oficiales al durar 107 meses ininterrumpidos (desde abril 1991) y superar a la experimentada en los “keynesianos” años 60 (marzo 1961 a diciembre 1969). La consecuencia más visible de ese sostenido crecimiento ha sido la reducción del número de norteamericanos que viven bajo la línea de pobreza. No puede ser de otra forma en una economía que desde 1991 ha creado más de 20 millones de nuevos empleos, ha mantenido la inflación entre 3% y 4% anual, y ha aumentado su productividad considerablemente. Los indicadores sociales como ingreso promedio, número de personas que viven de la seguridad social, tasa de desempleo, y criminalidad, han mejorado sostenidamente sin que ningún grupo social haya quedado fuera de la bonanza.

En el plano fiscal, las cuentas del gobierno han mostrado un comportamiento espectacular como resultado del fuerte crecimiento económico. El déficit fiscal se ha reducido progresivamente al pasar de poco más del 6% del PIB en 1990, a casi cero en la actualidad. Todos los estimados señalan importantes superávits en los próximos años, lo que ha generado un interesante debate en Washington: ¿En qué gastar ese superávit? ¿Reforzar el seguro social, disminuir impuestos, gastar más en educación, o (atención a esto), construir más carreteras? Esta envidiable situación fiscal es el resultado de los mayores ingresos tributarios pagados por las corporaciones e individuos que se han beneficiado de la expansión; de la reestructuración y racionalización de los programas sociales, especialmente aquellos dedicados a la salud de los pobres y ancianos; y de la disminución del gasto en defensa que ha pasado del 6.1% del PIB en 1987 a 6.1% en 1997.

El déficit fiscal ha sido una especie de obsesión nacional desde los años ochenta. En esa época, los supply-siders llegaron al poder con Ronald Reagan a la cabeza proponiendo un ambicioso programa económico de incentivos, básicamente fiscales, para reanimar la economía mediante la inversión privada. Menores tasas impositivas unidas a un aumento brutal en el gasto de defensa para encarar al rival soviético, triplicaron la deuda pública. Desde entonces, ha existido en ese país un amplio consenso sobre la necesidad de disminuir el déficit dados los conocidos efectos nocivos que éste tiene sobre la economía. Un alto endeudamiento público significa mayores tasas de interés, desplazamiento de la inversión privada, desvío de recursos al servicio de la deuda que bien podrían ser invertidos en educación o infraestructura, y revaluación de la moneda con el consiguiente daño al aparato productivo. Tal como se demostró en las elecciones de 1996, la corriente o coalición que apoya la reducción del déficit ha prevalecido sobre la que propone un mayor crecimiento económico aún cuando ello implique un mayor endeudamiento.

Pero es en la generación de empleos donde la economía norteamericana muestra sus más notables éxitos. La tasa de desempleo en 1991 fue 7.1%, para situarse al cierre de 1999 en 4.2%, que es el nivel más bajo desde el formidable esfuerzo productivo de la guerra de Vietnam. El mercado laboral muestra un dinamismo envidiable, especialmente si se le compara con las otras economías desarrolladas de la Unión Europea donde la tasa de desempleo se ubica alrededor del 10%.

El recalentamiento del mercado laboral norteamericano está generando inquietud entre autoridades y economistas quienes temen un rebrote inflacionario. En una situación como la actual, la llamada Teoría de la Tasa Natural podría comenzar a operar. De acuerdo con esta teoría, cuando el desempleo se encuentra por debajo su nivel de largo plazo, precios y salarios subirán por encima de las expectativas inflacionarias. El razonamiento es sencillo: cuando un bien se encuentra en escasez, en este caso los trabajadores disponibles, su costo tenderá a subir con el consiguiente impacto en los precios.

No obstante, la economía norteamericana continúa desafiando la Teoría de la Tasa Natural. Como mencionamos arriba, la inflación se encuentra bajo control a pesar de la fuerte expansión económica. La explicación más frecuente de este fenómeno se encuentra en el papel fundamental que está teniendo la tecnología, especialmente la informática, en el proceso productivo. La inversión creciente en nuevas tecnologías ha permitido a las empresas reducir su estructura de costos y satisfacer más eficientemente las demandas de sus clientes. El resultante aumento en la productividad de los trabajadores (2.9 % en 1999, el más alto desde 1992) ha permitido a las empresas compensar la escasez de trabajadores y pagar mejores sueldos a los ya contratados, sin afectar el nivel de sus precios y ganancias. Lo que en medios académicos y empresariales se conoce como la “nueva economía” es el cambio profundo en el paradigma hasta hace poco vigente. Ahora es posible crecer por largos períodos de tiempo sin recalentar la economía y producir inflación, porque los avances tecnológicos permiten un aumento sostenido de la productividad.

La competencia interna e internacional también contribuye a limitar el alza de los precios. La inflación es moderada porque en un ambiente altamente competitivo el precio (y la calidad, por su puesto) determina en mayor medida la porción del mercado que ocupan las empresas. Cualquier aumento de precios que no esté en línea con lo que dicta el mercado las sacaría del negocio de inmediato. Las empresas norteamericanas operan bajo dos premisas fundamentales. Primero, ingreso total es igual al precio por la cantidad y no sólo resultado del precio, como muchas empresas en nuestro medio asumen. Segundo, ganancia es la diferencia entre costos y precios, distancia que sólo puede aumentarse mediante innovación y productividad. La ola de fusiones que actualmente observamos en la economía internacional apuntan en este sentido. Las empresas se fusionan para aumentar su cuota de mercado, para disminuir costos en función de las nuevas economías de escala, y para satisfacer las necesidades de consumidores cada vez más sofisticados que exigen, por ejemplo, servicios integrados, de mayor calidad y a precios más bajos. El proceso se facilita por el músculo financiero que hoy tienen las empresas como resultado de las enormes ganancias y la revalorización de sus acciones que les depara el boom económico.

## El “modelo” norteamericano

La economía norteamericana nos ofrece, entonces, lo mejor de ambos mundos: crecimiento, baja inflación, abundante empleo, y creciente productividad. El secreto no hay que buscarlo muy lejos: radica en el libre mercado y en la alta flexibilidad que éste le otorga a una economía que rechaza las enervantes regulaciones.

Flexibilidad es el primer rasgo que destaca cuando se analiza la economía de los Estados Unidos. Flexibilidad para emplear y despedir; para abrir o cerrar empresas; para movilizar activos tanto financieros como materiales. De acuerdo con Paul Romer, experto en desarrollo de Stanford University, la clave del crecimiento se encuentra en la capacidad de “tomar una cantidad fija de recursos en un particular punto en el tiempo e invertirlos en sus usos más productivos. Si esos recursos se encuentran comprometidos o bloqueados en una actividad particular, cuando las situaciones cambien, el empresario no será capaz de aprovechar las nuevas oportunidades”<sup>(1)</sup>.

La flexibilidad así entendida es la consecuencia de las particulares características del mercado laboral, el sistema financiero, y el hecho de contar con un gigantesco mercado unificado.

En los Estados Unidos el despido de los trabajadores no sólo no es costoso en términos comparativos, sino que es aceptado como parte de las reglas del juego económico. Las empresas despiden para iniciar procesos de reestructuración y absorber nuevas tecnologías. Esto estimula una mayor productividad porque los recursos tienden a ser utilizados más eficientemente. Claro está, los despidos, ciertamente dolorosos, no constituyen hechos traumáticos para la sociedad, como fue el caso en los años treinta, porque la economía se encuentra en expansión. Los empleos que se pierden en un sector (digamos la industria automotriz), son compensados por la creación de nuevos empleos en otros sectores (servicios, por ejemplo).

El contar con un diversificado y eficiente sistema financiero es otra importante ventaja. Los sectores más dinámicos de la economía tienen siempre a su disposición abundante financiamiento. Una buena idea no se queda nunca sin respaldo financiero, como lo demuestra el impresionante desarrollo del sector de alta tecnología. Si bien es cierto que los Estados Unidos muestran un bajo nivel de ahorro cuando se les compara con otros países desarrollados como Alemania o Japón, la diferencia es compensada por la mayor eficiencia con que los norteamericanos invierten los recursos disponibles. Estudios citados por Robert Samuelson<sup>(2)</sup>, señalan que la inversión per cápita en Alemania y Japón es mayor que la de Estados Unidos (13% y 22% respectivamente). Sin embargo, la productividad del capital en éstos dos países es aproximadamente un 35% menor que la productividad del capital invertido en Norte América. Allí, el despiadado mercado de valores no perdona. Los gerentes, recuerda Samuelson, están constantemente presionados para obtener resultados positivos. De lo contrario, el pobre desempeño se refleja inmediatamente en el valor de las acciones y papeles comerciales.

Existe otra importante ventaja que a veces no se destaca suficientemente en el análisis comparado. Estados Unidos es una enorme economía continental (aproximadamente un tercio de la economía mundial) no limitada por fronteras políticas, acentuadas diferencias culturales, obstáculos al libre comercio, o un desequilibrado desarrollo regional de la infraestructura. Es un gigantesco espacio productivo donde existe plena movilidad de capital, personas, e información, en niveles que serían el sueño de la Unión Europea. Empresas y trabajadores suelen migrar de estado a estado buscando mejores oportunidades. Esto es facilitado por los bajos costos que para ello brinda la excelente infraestructura del país, la abundancia de mano de obra calificada, y la amplia gama de incentivos otorgados por los gobiernos locales para atraer inversión. Este ambiente favorable a los negocios fomenta la productividad y aumenta la capacidad de consumo, lo que a su vez abre espacios para nuevas actividades productivas.

### **Las lecciones**

Como es obvio, las características del modelo económico norteamericano no son fáciles de reproducir o sencillamente no existen en otras realidades. Por ejemplo, la idea del libre mercado tiene en los Estados Unidos raíces históricas mucho más profundas que en cualquier otro país del mundo. La nación norteamericana no se creó bajo el control de algún ente central que rigiera su desarrollo. La gran autonomía de su sociedad frente al Estado se tradujo necesariamente en una mayor preeminencia del mercado.

No obstante, ese proceso no fue obstáculo para la formación de un Estado poderoso, responsable de sus ciudadanos, y útil a la sociedad, como lo ha demostrado en coyunturas claves como la recesión y las guerras. El Estado ha facilitado el desarrollo del país mediante instituciones fuertes e independientes, entre las cuales sobresale el Poder Judicial como garante fundamental del Estado de Derecho y del régimen de propiedad.

Para Venezuela, las lecciones son muchas. Hemos transitado por caminos errados que han llevado al país al borde del colapso social y económico. Intervencionismo estatal, desarrollo industrial centrado en empresas públicas, restricciones a la inversión extranjera, subsidios ineficientes, proteccionismo, prioridad de la educación superior en desmedro de la educación básica y primaria, entre otras muchas, son políticas públicas que arrojaron un profundo fracaso en los tiempos recientes. A lo anterior se suma, en los tiempos que corren, la inestabilidad política, el deterioro evidente de la administración pública, y la falta de un programa económico creíble que atraiga la inversión privada nacional y extranjera.

El caso norteamericano ofrece muchas lecciones dignas de ser tomadas en cuenta. Tal vez la más importante es la necesidad de confiar en el mercado y construir instituciones que faciliten su desarrollo. Sólo así será posible aprovechar la enorme potencialidad de la economía venezolana. El alivio de las severas condiciones sociales de los venezolanos tomará muchos años y para ello tendremos que desandar el camino descrito en el párrafo anterior e implementar políticas públicas que se separen de los viejos patrones ideológicos. Es aquí donde la experiencia gringa resulta valiosa. Hay que estudiar su programa de desregulación e incentivos, así como examinar detalladamente los procesos o estructuras que mantienen muy bajos los costos de transacción en su economía. La revolución debe hacerse en otros ámbitos, si queremos efectos positivos y duraderos.

---

(\*) E-mail: [fspiri@cantv.com.ve](mailto:fspiri@cantv.com.ve)

(1) Citado en: "US economy shows foreign nations ways to grow much faster". The Wall Street Journal. Junio 19, 1997. P. 12.

(2) Is there a saving gap? Newsweek, junio 1996.